

Higiene en las Escuelas

gran parte del curso verbalista del Ilustrísimo Señor; cuando no de todo, si el venerable estafermo no era muy asiduo a su cátedra. Recordemos también que allí no faltaba una cuestión que rezaba, textualmente, «Importancia de esta Asignatura»: y al desarrollarla, en lo menos diez lecciones, el **latísimo** orador académico ponía su disciplina en los cuernos de la Luna, o en el centro del Universo, de tal modo que dejaba tamañitas y casi desdeñables a todas las otras que integraban el plan docente.

Claro es que un profesor higienista de ese tipo demandaría que hasta los párvulos se metieran entre pecho y espalda, con ayuda de la palmeta si fuese menester, un epitome de Higiene al lado del consabido de Gramática; sin perjuicio del famoso prontuario de Geografía, de las clásicas «naciones elementales» de Aritmética, y sobre el Fleury, el «Juanito», los cuadernos de Iturzaeta, **el sic de coeteris**. Todo ello de memoria, según el **buen uso** antañón; sin que importase un ardite que las nuevas frases de la nueva **asignatura**, tales como, por ejemplo, «corriente telúrica virtual», «doctrina panspermista» y «**terapia sterilisans magna**», agravasen el empacho de las otras dicciones sin sentido para la mente infantil, provenientes de las materias que el derecho consuetudinario obligaba a aprender (o a **embotellar**) desde antes. ¡Evoquemos, con terror pánico retrospectivo, aquellas palabrotas de «prosodia», «género epiceno», «futuro pluscuamperfecto» y tantas otras que nos exigían decir como cotorras, sin que jamás supiéramos qué diablo significaban!



Repetimos, que todo consiste en el modo de hacer las cosas. La enseñanza de la Higiene puede y debe profesarse en las Escuelas primarias, e incluso en los parvularios, pero sin libros, ni lecciones que adopten el aspecto formal de tales; y desde luego, sin conferencias venidas a dar de fuera por pseudoconspicuos exhibicionistas, en sesiones amañadas y haciendo los chiquillos el papel de **claque**, pues se les obliga a que subrayen con calurosos aplausos aquello mismo que no entendieron.

Es más. Las materias de la Higiene deben enseñarse, por de pronto, sin pronunciar la palabra: ésta sonará por primera vez en los cursos adelantados de los Institutos, cuando al estudiar ya sistemáticamente los elementos de las Ciencias Naturales, llegue el turno a la Fisiología humana; porque entonces, y no antes, justificase la aparición de la Higiene con perfiles de cuerpo doctrinal científico, pero como un complemento de aquélla. Y sin embargo, tanto cabe hacer de práctico y positivo bajo dicho anonimato, que cuando advenga luego la sazón indicada pueda hallarse el alumno del sexto curso del Bachillerato con que supo ya una a una, y las venía obedeciendo en mil actos menudos de su vida, las máximas que ahora leerá con la debida ordenación textual en un libro nuevo, bajo el epígrafe de «Elementos de Higiene».

Nos explicaremos con mayor claridad. La primera noción de Higiene que adquiere el niño pequeño, cuando apenas anda y balbucea, es aquella que le da la madre, u otra persona mayor, si al observar que se lleva a la boca un objeto inconveniente, indúcele a repugnarlo diciéndole que aquello es «caca». Después irán ya las criaturas a las Escuelas maternas (por otro nombre «Jardines de la Infancia», según traducción directa del vocablo germánico **Kinder-garten**), donde las preceptoras intervendrán frecuentísimamente en menesteres tales como lavarles las manos cuando se les ensucien; limpiarles los mocos, y quizá otras cosas peores; preca-verles de golpes y caídas, así como de contactos impuros y mancilladores; no dejarles comer cualquier cosa, de cualquier modo y a cualquiera hora, insinuando de esta suerte los hábitos de un régimen sano y regularizado; cuidando igualmente de que no beban por vicio, y que cuando hayan de hacerlo sea agua sanitariamente pura; velando por la pulcritud y la compostura en la indumentaria; imprimiendo tono agradable, cortés y fraternal en las relaciones de unos con otros; suscitando mociones de simpatía y de piedad para con los animales y las plantas; etc., etc. (1).

No nos hagamos pesados, a fuerza de ser detallistas. Basta con decir en síntesis que los modernos métodos puericulturales bien avenidos con la racionalidad, v. gr., los de Montessori, Décretoly, y otros basados en los fundamentos pestalozianos y froebelianos, son **integristas**; y de la misma manera que educan los sentidos y las facultades perceptivas de los niños para dis-

(1) Cosa muy diferente de la educación de los escolares en materias higiosanitarias, es la Inspección Médico escolar. Esta es función profesional de los Médicos especializados en los aspectos de la Higiene referentes a las Escuelas; pero para ejercer práctica y efectivamente tal función, no para inmiscuirse en menesteres de enseñanza, ni siquiera sobre temas sanitarios. Las labores docentes, realizadas según la oportuna metodología didáctica, son de la incumbencia exclusiva de los Maestros: si éstos hubieran de documentarse alguna vez, consultando con los Médicos escolares, ya lo harán enhorabuena; más sin transferir a éstos, en momento alguno, la misión de enseñar. Por otra parte, harto afanados están los Médicos en cuestión con sus genuinos quehaceres, para meterse en otros que, de sólo, no encajan en sus condiciones, su vocación y su competencia.

